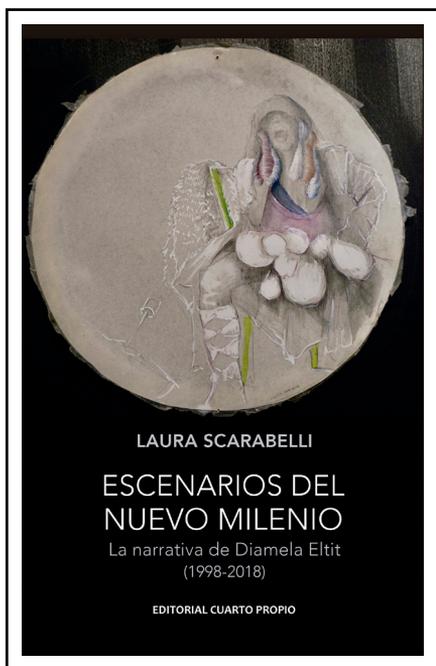


RESEÑAS



*Escenarios del nuevo milenio.
La narrativa de Diamela Eltit
(1998-2018).*

Laura Scarabelli. Santiago:
Cuarto Propio, 2018.
ISBN: 978-956-396-000-6.
216 pp.

Reseña por Francesco Fasano

Università degli Studi di Padova
francesco.fasano@unipd.it

*

Siempre me ha costado mucho leer a Diamela Eltit, probablemente la más importante escritora latinoamericana viviente. Cada vez que volvía a uno de sus clásicos (*El cuarto mundo*, *Lumpérica*, *Por la patria*) me encontraba frente a una lectura poderosa, tanto importante como grave, escrita para un ‘lector (ideal)’ atento y comprometido, activo y reactivo, el que probablemente no había llegado a ser: “El lector (ideal) al que aspiro es más problemático, con baches, dudas, un lector más bien cruzado por incertidumbres. Y allí, en el margen, los múltiples márgenes posibles marcan, entre otras cosas, el placer y la felicidad, pero además el disturbio y las crisis” (Morales 2000: 174).

Antes de empezar, voy a acotar tres aspectos de la poética eltitiana: el primero es que construye un metaverso oscuro para orientarse en el cual es necesario disponer de una brújula adecuada, bien magnetizada; el segundo es que no se trata de un mundo para turistas sino para exploradores (lectores) expertos y bien equipados; el tercero es que si del viaje logras volver no podrás dejar de alistarte en la izquierda progresista más reformista del continente de Bolívar.

Podríamos decir que nunca Eltit escribió algo ‘para el público’, para su diversión, lo que propone su densa escritura épico-lírica, su estilo retumbante y rebuscado, su prosa espesa, que fluye turbiamente reflexiva, es condensar el necesario mensaje político que urge, apremia a su autora, un estentóreo *caveat* para los humanos, un grito de guerra y una llamada a las armas. Leyendo a Eltit algo de la bruma que envuelve nuestra existencia en los ‘tiempos interesantes’ se aclara: la sensación es que el mundo está roto pero que, justamente por esto, la vida tiene sentido. El sentido (la lucha, que es ‘la marcha’ en Eltit) es finalmente simple de alcanzar, porque gracias al mapa de la oscuridad que la autora nos otorga el mal se puede finalmente indicar con el dedo y se puede así lidiar con él. Suya es la voz del ingeniero que ha estudiado atentamente el sistema y sabe dónde están sus errores, sus fallas y puntos débiles, sabe lo que habría que derrocar y donde se deberían remendar las heridas mal cicatrizadas del ambiguo ‘programa globalización’. La escritura política de Eltit nunca es ingenua: coherente y programática, granítica hasta la impresión de lo monocorde pero alejada de la sospecha del panfleto, nunca sorprende a su ‘lector’ en la medida en que este esté dispuesto a dejarse atravesar por su prosa fragmentada e hiriente, nunca conforme con la ratificación de la realidad común: “La obra de Diamela Eltit se configura como ejercicio de exploración de los bordes que rehúye todo denunciismo de orden realista y refleja, más bien, una búsqueda estética de corte vanguardista que produce nuevas zonas de decibilidad” (Scarabelli 141). La realización, constantemente ‘en marcha’, de su proyecto artístico parecería haber estado allí siempre, como una potencia prístina, incubada desde el principio en su cabeza, en sus huesos, en las profundidades de sus entrañas (¿una ‘poética-madre’, una ‘poética-órgano?’), mucho antes de que la mano empuñara la pluma (letra) y la tinta encontrara el papel.

Mencionando la necesidad de una brújula de nácar para no perderse en el laberinto metafórico de Eltit, me refería al excelente trabajo de Laura Scarabelli, *Escenarios del Nuevo Milenio. La narrativa de Diamela Eltit (1998-2018)*. La que aquí reseño es la guía más valiosa para una de las obras más complejas de la literatura hispanoamericana contemporánea. Gracias a Scarabelli comprendemos cómo la obra de la autora chilena se puede dividir en dos etapas: la producción del siglo

XX, que se abre con *Lumpérica* (1983), sigue con *Por la patria* (1986), *El cuarto mundo* (1988), *El padre nuestro* (1989), *Vaca Sagrada* (1991), y se cierra con *Los Vigilantes* (1994), y la del siglo XXI, que empieza con *Los trabajadores de la muerte* del 1998 (dos años antes del Millennium Bug, dando prueba del hecho de que la escritura de Eltit es sin duda algo profética), para pasar por *Mano de obra* (2002), *Puño y letra* (2005), *Jamás el fuego nunca* (2007), *Impuesto a la carne* (2010), *Fuerzas especiales* (2013) y acabar, o ‘salir’ como sugiere la autora, con *Sumar* (2018).¹ Si en la primera etapa la escritura eltitiana se concentraba en denunciar *in vivo* los horrores y sinsentidos de la dictadura pinochetista chilena, la segunda, con toda evidencia, sigue hablando detenidamente de Chile pero con una mirada ‘centrípeta’ que lleva a casa ‘El mundo’, el cual ha llegado de una vez a Chile o, paradójicamente, del que Chile es molde prototipo. Es decir que muy simplemente las narraciones del nuevo milenio hablan de cómo Chile se coloca en el ajedrecero mundial como nación modelo del plan neoliberalista de los Chicago Boys, y así conejillo de India que, al escapar del laboratorio, no está listo para enfrentar el mundo. De últimas, este asedio teórico apretadísimo a la obra de la chilena demuestra de forma irrefutable, sin tal vez proponérselo, cómo el mensaje de la segunda etapa de la producción novelesca eltitiana (la del nuevo milenio, la que nos devuelve el retrato de los ‘escenarios’ futuros del título, tan minuciosamente pintados que parecen proféticos documentales del porvenir) estaba cifrado *in nuce* en la primera.

La lectura de Scarabelli parece proceder retrospectivamente desde el punto de llegada y culminación del ‘segundo mundo’ narrativo eltitiano, llegando a *Sumar* (novela de la definitiva consagración crítica de su autora, Premio Nacional de Literatura 2018) casi de puntillas: muy escrupulosamente cuestiona su posicionamiento científico, se pone las correctas ‘dudas’ en el capítulo homónimo, interrogándose acerca del valor de la voz y la mirada de una académica europea que vive en la comodidad de su departamento en la capital mundial de la moda sobre las cuestiones testimoniales del lejano ‘El Dorado’. A este respecto me parece interesante rastrear la trayectoria científica que lleva a la estudiosa a Chile, que es donde encuentra a la que podríamos definir su autora del alma: zarpando del Caribe del siglo XIX para avizorar la institución del estado nacional cubano con *Identità di zucchero. Immaginari nazionali e processi di fondazione nella narrativa cubana* (2009), pasando al análisis minucioso de una novela fundacional de Alejo Carpentier en *Immagine, mito e storia. El reino de este mundo di Alejo Carpentier* (2011), llega al Cono Sur atraída por el centro

1 Nota del editor: Hay que añadir a esta lista la más reciente novela de la autora publicada en 2023: *Falla humana*.

de gravedad permanente representado por la autora chilena, su interlocutora y seducción científica definitiva, manteniendo como eje estable la reflexión crítica sobre la construcción de los imaginarios nacionales, abierta a escuchar de la voz de sus componentes más divergentes y heterogéneos, el negro cubano antes y los distintos cuerpos indóciles que obsesionan el universo narrativo elitiano después. Un trayecto que la lleva desde las playas ‘sucias’ del Caribe hacia el centro ‘limpio’ de una cierta plaza, por la que se paseará infinitas veces a lo largo de su vida, poniéndose en los zapatos de una cierta pordiosera irreverente, con su cuerpo *lumpen*, que performa la abyección y desvela el engaño de un mundo quinta donde todo es farsa, montaje, el teatro de la sociedad mentirosa que estamos adiestrados a considerar, gracias a la ‘iron lady’ Margareth Thatcher, cuando no la mejor posible, de plano la única. *A posteriori*, Scarabelli no podía encontrar su destino crítico en un lugar diferente, porque la de Eltit es la prosa testimonial sin duda más afilada y contundente que el continente latinoamericano ha producido hasta la fecha: en su ‘anhelo testimonial’ Eltit busca rescatar las voces desechadas, afuera del coro, portadoras de una visión excéntrica, inédita y reveladora sobre el embrujo capitalista. Es decir que, con los ojos de los otros, de los que la chilena se hace responsable según Scarabelli (“Una escritura responsable del destino del otro” 12), y solo a través de ellos es posible perforar el velo de Maya y así escapar de la cueva platónica donde solo se proyectan sombras chinas. Enfocada desde los márgenes, la vehemencia de la denuncia de un mundo desalmado y poseído por el Zeitgeist del mercado es tan vívida de golpearle al lector en la cara y dejarlo tumefacto.

Del recorrido que Scarabelli propone me gustaría pararme a visitar tres lugares emblemáticos: la casa-supermercado de *Mano de obra*, el hospital-reserva de *Impuesto a la carne* y la calle-desierto de *Sumar*. La primera de las tres novelas representa para mí el verdadero ‘movimiento de entrada’ a la poética de la *segunda* Eltit: Chile, en la metonimia de su capital Santiago, es la febrilmente productiva y crónicamente cansada “ciudad supermercado” en la que la serialización, elevada a principio autónomo nouménico, reproduce infinitos inútiles simulacros de nulo peso ontológico. Eje diegético de la narración es el *ménage à trois* de sabor hegeliano entre Enrique (tesis), Isabel (antítesis), y Gabriel (síntesis): espiamos, como telespectadores hipnotizados por los rayos catódicos del ‘Gran hermano’, las peripecias domésticas de la “microcomunidad” (80) de las ‘manos de obra’ del gran centro comercial, que comparten piso para bajar los gastos de la vivienda y continúan así, sin solución, la vida laboral con la vida íntima. Con el personaje liberador de Gabriel, el evangelio capitalista del “yo absoluto” llega a ser “suplantado por un Nosotros fusional” (80) que recuerda muy de cerca la ‘alianza de cuerpos’ que auspicia Judith Butler.

Con *Impuesto a la carne* (2010) Scarabelli nos lleva “Hacia una nueva épica de la resistencia”: en este caso Eltit sigue su socioanálisis institucional pasando al hospital, otro lugar de la contemporaneidad que expresa la dominación del biopoder sobre los cuerpos de los ciudadanos. Aquí seguimos las aventuras iatrogénicas de “una madre y una hija unidas en un único cuerpo” (146), “dos en una, madre-hija, madre-órgano” (147), una “identidad testimonio” (148) que la novela, en diálogo explícito con el que Scarabelli llama “un pre-texto inmunitario” (162), el cuento “Colonizadas”, denuncia el origen colonial de la opresión capitalista de las minorías y la espeluznante continuidad entre colonialismo y globalización. Allí se encuentra la dirección de la rebeldía, que reside, como una ‘célula’ terrorista, en una masa insurgente (el tumor) frente al sistema fascista de fieles aparatos (re) productivos impuesto por la dictatorial fisiología de un cuerpo ‘con órganos’ despreciado por Deleuze y Artaud. El cáncer, escondido en las profundidades-cuevas del soma, pero atento y al acecho, coincide con la misma madre de la protagonista, la que constantemente recuerda el orgulloso pasado indígena, de ambas y de la nación, del que será preciso hacerse portaestandartes de cara a la hostil modernidad. De esta manera, se logra reivindicar “La ambigüedad cronotópica, la constante referencia al pasado como fuente y comienzo de todo lo bueno, la centralidad de la memoria como fuerza creadora, las alegorías indefinidamente interpretables, polisémicas, fragmento-ruina que permite una aproximación siempre imperfecta a la totalidad de las cosas” (144).

El ‘movimiento de salida’ coincide con *Sumar*, “un himno al poder de la palabra” (198) donde se alían los dos *leitmotiv* de la poética eltitiana: “cuerpos (de)ambulantes y palabras desobedientes” (197). Scarabelli diagnóstica incontrovertiblemente la epidemia de los no lugares augianos —“el espacio público parece haber desaparecido, dejando paso a escenarios heterotópicos en serie como el supermercado, el cibercafé, el hospital, el bloque de viviendas” (197)— y señala cómo para Eltit la calle y la plaza son los lugares desertificados “donde componer lo que queda del pasado: fragmentos y retazos de memoria, sobrevivencias” (197).

Resumiendo, el gran mérito de este luminoso ensayo es permitir a los muchos posibles lectores, aunque ‘no ideales’ de Eltit, un acercamiento privilegiado a sus “épicas (post)modernas” (143), entre las más corrosivas de la literatura universal. Su “exuberancia y fragmentación [...] pone en tela de juicio toda posibilidad de ‘catalogación’ en las categorías clásicas de la historia literaria” (142), lo cual, como nota Bizzarri dialogando con Scarabelli en su *Performar’ Latinoamérica. Estrategias queer de representación y agenciamiento del Nuevo Mundo en la literatura hispanoamericana contemporánea* (2020), acerca la literatura eltitiana a la posibilidad de un dispositivo

queer hecho texto y encarnado. Al ‘salir’ de la poética eltitiana, Scarabelli parece convidarnos a participar en la lucha de la autora, su ‘marcha’, tanto teórica, por las instituciones de la contemporaneidad (al par de la que promovía Basaglia), como física, hacia ‘La Moneda’ (“trágico emblema del mundo-mercado”, 199), infundiendo en nosotros algo que hemos olvidado, algo nostálgico y trasnochado, inédito y casi cursi, aun así extremadamente urgente: la esperanza.